

GENES, GENTES Y CONDUCTAS. ¿SOMOS TABLAS RASAS?

Dr. Josep Artigas

Nadie duda sobre la intervención de los genes en ciertas enfermedades o en caracteres físicos tales como el color de los ojos o la talla corporal. Sin embargo, se tiende a contemplar con cierto escepticismo o indiferencia algo mucho más trascendente, como es la intervención de los genes en la conducta. Una gran parte de la psicología, y sobretodo de la pedagogía, se sustenta en la idea de que la personalidad y las capacidades individuales son modeladas, exclusivamente o principalmente, en base a sistemas de recompensa y castigo; o en base a manipular el entorno en determinada dirección. Se prescinde por tanto de la implicación que tienen los genes en la conducta.

Desde una vertiente muy distinta, Darwin ya había especulado sobre el hecho de que la evolución podría explicar muchas características de la conducta humana a través del estudio de la evolución natural de la psicología del cerebro. Los psicólogos del siglo XIX encontraron la aplicación de la evolución al cerebro demasiado radical para poderla manejar. Hasta finales de los 70 la psicología ha ignorado absolutamente las explicaciones evolucionistas de la conducta humana. Pero a pesar de las sólidas - aunque aparentemente tímidas- aportaciones, la aplicación de la psicología evolucionista a la intervención terapéutica, a la pedagogía y a la comprensión de los fenómenos sociales sigue siendo una dimensión apenas iniciada en nuestro medio.

Sin embargo, en la medida que se han ido generando los avances genéticos, la visión evolucionista del cerebro ha recibido un fuerte soporte y se ha consolidado como la vía de conocimiento sobre la condición humana más prometedora para las próximas décadas. Esto nos ha permitido desvelar, y entender en profundidad, aspectos tan decisivos de la condición humana como son el lenguaje, la empatía, la moral y el desarrollo social. Los modelos genéticos actuales quedan muy lejos de ofrecer una concepción determinista de las características psicológicas del individuo. Por el contrario, aportan un modelo interactivo y adaptativo al entorno que permite sugerir respuestas a la eterna pregunta sobre “que es lo que no hace ser como somos”.

Al mismo tiempo que se avanza en el conocimiento del individuo medio, llamado “individuo normal”, se avanza en la comprensión de los trastornos de desarrollo que afectan a la conducta, a los aprendizajes y a la relación social. Paso a paso nos sentimos desbordados ante el enorme avance en los conocimientos sobre problemas que repercuten en la vida escolar y social de los niños, como son el trastorno de déficit de atención/hiperactividad, los trastornos del lenguaje, la dislexia y el autismo. Atrás han quedado las ideas de que los niños hiperactivos han llegado a tal situación por ser niños malcriados, víctimas de la televisión o de las influencias nocivas de la vida moderna. Por fin se están enterrando, no sin airadas voces de

Jornada de Autismo 2009: Genes, Gentes y Conductas con Dr. Josep Artigas

protesta, interpretaciones culpabilizadoras hacia padres o madres supuestamente “fríos” o incompetentes; responsables, consciente o inconscientemente, de haber contribuido a generar un trastorno profundo del desarrollo como es el autismo.

La percepción del problema desde sus raíces, permite adoptar medidas que favorecen la adaptación del niño a un entorno en el que no encaja. Pero para llegar a buen puerto, es necesario partir de la premisa de que es iluso pretender cambiar la personalidad o “curar” lo que ni siquiera es una enfermedad. Cada individuo viene al mundo con unas habilidades y unas dificultades. No las ignoremos, tratemos de favorecer un ajuste en el que cada cual, a su manera y en su medida, tenga su espacio que le permita desarrollarse, ser feliz y valioso socialmente.